SAINETE

TITULADO

LOS PAYOS ASTUTOS.

PERSONAS.

ÁGUEDA, Paya.
LÁZARO, Payo.
D. JORGE, Escribano.
D. JUDAS, Médico.
RUFINA, Novia.
D. MÁRCOS, tuerto.

Salon con un arcon grande. Salen Águeda y Lázaro de Payos recelosos.

Agued. Sígneme muy queitito
á este retirao cuarto,
puesto que están en la sala
las vesitas y los amos;
y aquí, Lázaro querio,
mientras rien ellos, ambos
hartémonos de llorar *Afligida.*
nuestras penas y trabajos.
Láz. Tienes razon, Agueita,
lloremos el triste estao
en que nos vemos; lloremos
nuestro amor disfortunao
por ese dotor Heróes
del ame; y el cielo santo
premita que en este pruebo
estén todos reventando
de salú, y nunca gane
por tomar el pulso un cuarto.
Agued. Amen. Siempre halle la cama
más dura y tiesa que un canto,
y espinas se le atraviesen
si come peces ó barbos.
Láz. Amen. Y las escaleras
siempre las baje rodando.
Agued. Todos los perros le muerdan.
Láz. Jamás encuentre pan blando.
Agued. Mas que sin muelas se quee.
Láz. Mas que se ponga muy calvo,
y ni peluca, ni gorro,
encuentre con que taparlo.
Los dos. Lloremos amargamente
nuestro amor desventurao.
Agued. ¡Qué lástima! *Afligidos.*
Láz. ¡Qué dolor!
Los dos. Lloremos, que no me caso:
y mala rábia le dé
al que lo ha desbaratao.
Láz. No llores más, que de verte
á mí se me aumenta el llanto.
Agued. ¿Es el lance para menos,
si no puedo remediarlo?
Pero dime por menor,
¿qué es lo que taicho el amo?
Láz. Razones que para mí
han sido un pistoletazo.
Me ijo... tú entenderás,
y estará tambien pensando
tu compañera Agueita,
el que tengo de casaros,
como lo ofrecí; nó, amigo,
de lo icho me retrato:
los conciertos de mi hija
en esta noche ajustaos
han de quear; mas los vuestros
ni quiero ni es de mi agrao.
Agued. ¿Y tú entonces, qué ijistes?
Láz. Ná; si me queé helao
como estáuta, sin poer
mover ni lengua, ni lábios.
Agued. Bien te lo ecia yo
cuanto nos está pasando.
Si es un méico perverso.
Dempues que hemos concertao
el bodorrio de su hija
los dos, este ha sio el pago.
¡Mal fuego en él!
Láz. Lo camí
me tiene más enrabiao
es que nos alborotó
con cabia de casarnos,
y ahora ha salio el infame
con una pata de gallo.

Agued. Vea usté nuestros corazones
que estaban enquillotraos,
¿cómo quearán ahora
con caso tan impensao?
Láz. Yo te aseguro que el mio
creo que sa desmayao,
ó muerto, que no le siento,
por más que pongo la mano,
ni bollir, ni dar brinquitos.
Agued. Ya mí me pasa otro tanto.
Láz. ¿Si se nos habrá morío
de la pesadumbre?
Agued. Macho,
¿si se nos hubiera muerto,
habíamos de estar hablando?
Láz. ¡Qué sé yo! ¿Sabes qué igo?
que es tontuna contristarnos
porque el amo no nos case:
en quiriendo los dos, vamos
al señor cura, nos casa,
y está too remediao.
Agued. Calla: pues has icho bien:
no habia yo dao en tanto.
Ya hablaremos del asunto.
Pero diera seis ducaos
por desbaratar la boa
de su hija, ya que casarnos
no quiere.
Láz. ¿Hay más que emprenderlo?
¿qué, nos faltará, aunque payos,
ensufecencia y astucia
para conseguir lograrlo?
Agued. Pues á enredarlos, y chito.
Láz. Verás cuál los embrollamos.
El tio del novio entra.
Oye, y vamos prencipiando.
Se retiran á un lado, y sale Jorge, escribano, muy ridículo.
Jorg. Se me ha pasado la hora,
y ya estarán aguardando.
Esta boda y los negocios
de un escribano afamado
de ciudad, no me permiten
un instante de descanso.
Pero Lázaro, Aguedita,
¿cómo estais tan retirados
de la funcion? ¿Qué teneis,
tan tristes y cabizbajos?
Láz. Cada uno tiene sus penas.
Agued. A naide faltan cuidaos.
Jorg. Vaya, dejad tonterias,
y procurad alegraros,
pues hay boda en casa. ¿Está
don Judillas vuestro amo
allá dentro?
Láz. El y la novia,
dentro están acompañados
de las vesitas.
Jorg. ¿Y hay muchas?
Agued. No caben en el estrao.
Jorg. Supongo que le daríais
el recado que mi criado
trajo endenantes, de que
no estuviesen con cuidado
si tardaba mi sobrino,
el novio, que está evacuando
una diligencia urgente,
y no vendrá hasta acabarlo.
Láz. Es muy cierto que esta y yo
hemos tomao el recao;
mas, ni le dimos entonces,
ni menos queremos darlo.
Jorg. ¡Qué desvergüenza! ¿Y por qué?
Agued. Hablad quedo, no alteraos,
que por quererle á usté bien,
ni le dimos, ni le damos.
Jorg. ¡Qué decís! no os entiendo.
Láz. Hay mucho mal.
Agued. Mucho daño.
Láz. Mucha trampa.
Agued. Mucho embrollo.
Láz. Pero yo quiero callarlo;
porque, si acaso se sabe,
ma de despeir el amo.
Agued. Dices bien, Lázaro, chito;
ques negocio delicao
en estas cosas. Vámonos.
Hacen que se van.
Los dos. Adios, señor.
Jorg. Aguardaos,
que vuestras preñadas voces
de sospechas me han llenado.
Hablemos aquí en secreto
los tres, y decid si hay
contra mi opinion.
Los dos. Y mucho.
Jorg. ¿Pues qué pasa? Habladme claro.
¿Qué sabeis?

Agued. Que mi señor
solicita á usté engañarlo
en la boa que se trata
de vuestro sobrino Márcos.
Jorg. ¿Pues le parece tan fácil
engañar á un escribano,
siendo capaces nosotros
de engañar al mismo diablo?
Pero yo estoy satisfecho
de que don Júdas, vuestro amo,
no me engañe.
Láz. Como usté
hace poco más de un año
vino á esta zudiá, no sabe
quién es, ni cómo, ni cuándo.
Jorg. Sé que es un médico rico,
de fama, sábio y honrado.
Agued. Que no señor, no es tan rico
como usté sa imaginao;
ni puede dar á su hija
de dote catorce ochavos.
Jorg. Muchacha, ¡qué es lo que hablas!
Cuando yo esta boda hago
por el dote...
Agued. Que no hay naa.
Jorg. Si me han dicho que ha heredado
ahora setenta mil pesos
de un pariente boticario
de Madrid.
Láz. Mentira too:
ese era un primo hermano
ca muerto en el espital,
sin tener para enterrarlo.
Jorg. ¡Qué cosas! Pero decidme:
aunque todo eso sea falso,
de su mujer, que esté en gloria,
¿no le quedó un mayorazgo
á la hija, que se puede
pasear con coche y caballos?
Agued. Si esa es voz para casar
la hija con un hacendao,
El mayorazgo que yo
tiene su hija.
Jorg. Me pasmo,
me aturdo y estoy confuso
de lo que me vais contando.
Mas, aunque eso verdad sea,
decidme, desatinados,
¿no tiene viñas y olivos?
Láz. Si too se le ha secao:
ni aun raices tiene ya
hace cuatro ó cinco años.
Jorg. ¿No tiene grande vajilla?
Agued. Cáremos, si la ha buscao
emprestaa para hacer
dostentacion y aparato.
Jorg. Ahora cogite. ¿No tiene
la casa como un palacio
de alhajada?
Láz. No hay cogite,
porque la casa y los trastos
no son suyos. Es tutor
de un pobrecillo muchacho
que está á estudio y lo disfruta,
y pasa por que es el amo.
Jorg. ¡Qué embrollos estos! ¿Conque
en consecuencia sacamos
de que el dote de la hija
es apariencia y engaño?
Los dos. Sí señor.
Jorg. Pues si no hay dote,
se llevaron dos mil santos
la boda y la novia: voy
corriendo á desbaratarlo
todo, y á que mi sobrino
jamás vuelva aquí.
Agued. ¿Y el gasto
can hecho para esta noche,
y las gentes convidaas
cay á ver tomar el dicho?
Jorg. Nada de eso es de mi cargo.
¿Dos no existen? Pues no hay boda.
Asumptus est consumatus.
Adios, chicos.
Láz. Oiga usté:
cuenta con no declararnos.
Agued. Cudiao con no decir
que los dos lo hemos contao.
Jorg. Seguros estais. Veneno
de cólera voy echando.
¡Qué! ¿me queria encajar
el doctor por liebre gato?
Si vuelve aquí mi sobrino,
le he de dar un trabucazo. *Váse.*
Láz. ¡Qué risa, Agueda! ¡Cuál va
el tal don Jorge Camacho! *Aleg.*
Agued. Si vias: yo me mordia,
per no reirme, los lábios,

de ver cómo el probecico
íba el embuste tragando.
Láz. Los amos vienen: con ellos
vamos á hacer otro tanto.
Salen don Júdas, médico, y Rufina su hija.
Jud. ¡Qué cosas estas! La casa
de visitas reventando,
y ni el novio, ni su tio
parecen; vaya que es chasco;
y por vida de don Jorge,
que me tienen sofocado.
Ruf. Padre, no se altere usted,
y con paciencia llevadlo.
Jud. ¿Sabeis acaso los dos
si es que ha sucedido algo
á don Jorge y su sobrino,
para no venir?
Agued. Hay tanto,
que por no daros pesar,
me reduciré á callarlo.
Jud. ¡Qué hablas, chica! ¿Pues qué (pasa?
Láz. Prevenios á llevarlo
por Dios; y despía usté
á toos los convidaos,
porque creo que la boa
sa desecho y sa frustao.
Jud. ¿Por qué?
Agued. Dice el tio del novio
(que ya quiero hablaros claro)
ca sabio que usté tiene
primos ensambenitaos;
y ha enviao un recao ahora
que no teneis caguardarlos.
Jud. ¡Yo primos de sambenito!
¿Yo judíos? Atribulado *Furioso.*
estoy de furor, y tiemblo
lo propio que un azogado.
Ruf. ¡Nos han dejado lucidos!
Como un hielo me he quedado.
Láz. Y ha icho otras mil infamias.
Agued. Y ha icho otros mil escarnios.
Jud. ¡Habrá escribano perverso!
Aunque me pierda, á buscarlo
voy para matarle: dadme
el espadin, ó en un carro,
para volar á él y al novio,
un cañon de treinta y cuatro.
Láz. Señor...
Agued. Amo mio...
Ruf. Padre,
por la Vírgen del Sagrario,
no se pierda usted.
Jud. Dejadme.
Ruf. Yo estoy muerta.
Jud. Yo rabiando.
Láz. Yo reventando de risa. *ap.*
Agued. Lindamente nos vengamos.
Jud. ¡Ah escribanillo insolente!
¡Yo linajudo! ¡Ah malvado!
No hay más, adonde lo encuentre
como á una breva le paso.
Ruf. Padre, conténgase usted
porque esas gentes que á honrarnos
han venido, nada entiendan,
que para desagraviarnos
tiempo habrá.
Jud. Bien reflexionas:
disimulemos, y vamos
á que bailen y se alegren;
discurriremos en tanto
el modo de que no sepan
la maldad que está pasando;
mas despues, escribanillo,
te he de abrir de arriba abajo. *Váse.*
Ruf. Solo lo que dirán siento,
que novios á cada paso
se encuentran: voy á bailar,
y vayan penas á un lado. *Váse.*
Agued. Lázaro, ¡qué embrollos! creo
nos han de moler á palos,
si se descubre.
Láz. Pacencia; *Alegres.*
como dice el adagio,
la sarna con gusto...
Agued. Calla,
que el novio creo va entrando:
lo que le hemos de ecir
discurramos á este lao.
Se retiran y sale don Márcos, hidalgo risible, tuerto.
Márc. ¿Qué podrá haber sucedido,
que mi tio me ha mandado
que si vuelvo á ver la novia
me va á dar un trabucazo?
Pero yo estoy de Rufina
tan aquel y enamorado,
que más que me mate, vuelvo

á verla.
Láz. ¡Señor don Márcos!
Márc. ¿Qué hay, chicos? ¿Sabeis los dos
lo que ha habido, ó qué ha pasado,
para decirme mi tio
que la boda se ha acabado?
Agued. ¡Y como que lo sabemos!
Tiene motivos sobrados
vuestro tio para hacerlo.
Márc. ¿Y qué motivos?
Láz. Hay tantos...
Pero más vale callar,
que nosotros no gustamos
de dar que sentir á naide.
Agued. Lo cierto es, señor hidalgo,
que con la novia y su padre
está usté muy desairao;
y no tiene usté vergüenza,
si vuelve á verlos y hablarlos.
Márc. Mirad bien lo que decís.
¿Hay quién se atreva á un hidalgo
como yo, que trae su orígen
del décimo nieto octavo
de Adan nuestro padre? Vaya,
tomad este par de cuartos,
y decid cuanto sepais
contra mi honor puro y claro.
Láz. Yo lo dijera á usté; más,
si dempues lo sabe el amo,
que me mate...
Agued. Y yo lo propio,
porque hay tantísimo, y tanto,
que usté sepa en el asunto...
Pero más vale callarlo
en cariá que poeis
caeros muerto de escucharlo.
Márc. ¿Pero qué han hecho, ó qué han
de mí, que me vais matando (dicho
con cuchillo de madera?
¿Qué han dicho, perversos payos?
Láz. Escuche usté y llévelo
con pacencia. Ha icho el amo
que usté es un hombre vicioso,
hambriento, descamisao,
y que no casa á su hija
con un tuerto remellao.
Márc. ¡Habrá infame! Lo primero
es todo mentira, es falso:
y si tengo ese defecto
en el ojo, esté enterado
que vale un hidalgo tuerto
más que un millon de hombres bajos,
ó plebeyos. ¿Sabeis más?
Agued. De vuestro tio el escribano
dice que tiene unas uñas
más largas que las de un gato.
Márc. Es precision del empleo;
porque harpistas y escribanos,
cuanto más uñas, ejercen
su habilidad más de pasmo.
¿Hay más?
Láz. Que tiene la novia
otro novio, es abogao,
y no sale dia y noche
de junto á ella.
Márc. Es engaño,
que me quiere á mí Ruflna,
más que al mundo.
Agued. Si es engaño,
arrepare usté allá dentro,
le verá con ella hablando
á la entraa de la sala:
vedle. *Mirando adentro.*
Márc. Como soy don Márcos,
que me deshago á mirar,
y nada veo.
Láz. ¡Qué paso! *ap.*
ahora se alza la golilla
y se sacude un zapato.
Agued. Ahora se rie, y mi amo
hace de verle otro tanto.
Los dos. ¿No le veis allí? *Señalan adent.*
Márc. Me vuelva
avestruz, cigüeño ó grajo,
si á semejante hombre veo.
Láz. ¿Habrá más tremendo macho? *ap.*
¡Cómo ha de ver, sino hay naa!
Agued. Señor, si está usté mirando
con el ojo tuerto, ¿cómo
es capaz de divisarlo?
Márc. Qué no señor, que yo miro
con el ojo que está claro,
y no veo á nadie. ¡Cielos, *ap.*
si es caso que habré cegado!
Fuerza es decir que le veo,
por encubrir mi trabajo.
Ya le diviso, allí está.
Agued. ¿Ve usté qué brincos y saltos

que da?
Láz. ¿Vé usté como baila
con mi señora el fandando?
Agued. ¡Anda y cómo se respinga!
Láz. ¡Ay! Cayó el ama, y él en brazos
la levantó. ¡Vitor, vitor!
Márc. Callad, callad, que me abraso
de envidia y celos. ¡Ah, ingrata!
Voy á entrar para matarlo,
más que me pierda.
Agued. Teneos:
lo mijor es aguardarlo
en la calle; buscais gente,
y lo reventais á palos.
Márc. Me aconsejas lo mejor.
Así lo haré: dí á ese trasto
que me disputa la novia,
que salga, que yo le aguardo
en la calle, y verá en ella
quién es don Márcos Morgallo.
Echando voy de furor
hidras, culebras y sapos. *Váse.*
Láz. ¿Qué fiesta, Agueita?
Agued. Vaya, *Alegres.*
¡qué rabiosos y embrollaos
los tenemos! Ya anochece:
voy por luz para este cuarto:
ven, iremos iscurriendo
cómo proseguir el chasco.
Láz. Por mí, vamos; y si al fin
tira de la manta el diablo,
y se descubre el pastel,
correr mucho y escaparnos. *Vánse.*
Se toca un poco el fandango piano.
Sale don Jorge de capa, embozado.
Jorg. ¡Hola, hola! el fandanguito
parece que están tocando.
No tiene mucho pesar
que se halla desbaratado
ya la boda. Así me vengo,
por ver y observar si acaso
vuelve mi sobrino aquí,
y obedece mi mandato.
Nadie hay que mire. A ocultarme
algo más adentro paso.
Se retira y sale Agueda con luz.
Agued. Ya traigo luz... Pero ¡ay!
¿quién eres, hombre embozado?
Jorg. Calla, chica, que soy yo.
Serafin, ¿te has asustado?
Agued. ¿No me he de asustar de ver
un fantasma tan tapao?
¿A qué vuelve usté?
Jorg. A saber
si mi sobrinito Márcos
ha venido aquí.
Agued. No ha vuelto.
Jorg. Le matara á ejecutarlo.
Agued. Me alegro de caigais vuelto.
Jorg. ¿Por qué?
Agued. Porque ahora citaos
están mi ama y otro novio,
para hablarse en este cuarto.
Conque si usté se quea,
puede á escuras y callando
oir lo que hablan.
Jorg. Ya te entiendo:
me acomoda el escucharlos.
Agued. Aun mijor me ocurre á mí.
Yo le tendré en otro cuarto
al novio dicho; y usté,
voz de mozo fegurando,
os habeis de fingir él
con mi ama.
Jorg. ¿Eres el diablo?
¿No ves que pueden...
Agued. Chitito;
quedaos aquí, cambiaros
voy la novia. No le espera *ap.*
al tal don Jorge mal chasco. *Váse.*
Jorg. ¡Habrá dianche de mujer!
No tiene más; me ha dejado
sólo y á oscuras. Al fin
quiero divertirme un rato,
y saber cuatro cosillas
de aquestos enamorados:
ya creo viene la novia,
que cerca percibo pasos.
Sale Lázaro.
Láz. Con lo Cagueda ma icho *ap.*
voy á emprender un buen paso
con este tio.
Jorg. Ya llega:
la voz y amores finjamos
Láz. ¿Has venido, dueño mio?
Jorg. Aquí estoy bien adorado.
Láz. ¿Sabes como al otro novio
ya calabazas le he dao?

Jorg. ¿Y por qué?
Láz. Porque su tio
tiene el alma de un gitano,
desciende de verduleros,
tiene asma y es quebrao.
Jorg. ¡Habrá infame! Acércate,
deja siquiera al olfato
gozar tu amable belleza.
Láz. ¿Eres de fiar? porque estamos
á oscuras; y ya se ve,
suele hacer lo más el diablo.
Jorg. Dame á tentar un dedito,
bello serafin amado.
Láz. Tómale. *Dásele.*
Jorg. ¡Qué suavidad
de cutis.
Láz. Es como un cardo. *ap.*
Jorg. Mi bien, hueles á grasuna,
Láz. Es la pomada de macho,
con que me doy en el pelo.
¿Sabes que me santojao
una cosa?
Jorg. Dí: ¿y qué cosa?
Láz. Darte dos ó tres bocados.
Jorg. Mujer, suelta. ¡Ay!
Sale don Judas con baston dando palos.
Jud. Zape aquí.
¿Qué ruido es este?
Láz. ¡Mi amo! *ap.*
Quiero escapar.
Jorg. Gente vino.
Aquí hay un arca, levanto
la tapa y éntrome en ella,
mientras pasa este nublado.
Jud. ¿No responden? Quién es diga
ó le reviento de un palo.
Mas ya te agarré. *Se agarran.*
Láz. Ahora es ella. *ap.*
Jud. Dí quién eres, ó te mato.
Láz. Soy vuestra criada, señor,
que de usté enamorao
aguardaba esta ocasion
para daros cien abrazos.
Jud. Suelta, muchacha, que ya
no están para eso mis años.
Láz. Dejaos querer.
Jud. Un cuerno:
¿Quieres armarme así un lazo,
y hacerme casar mañana
por fuerza? Luces, muchacho.
Sale Rufina y Agueda con luz.
Agued. ¿Qué es esto, señor?
Jud. ¡Qué veo!
¿Conque tú eras, bribonazo,
quien me enamoraba á oscuras
y daba besos y abrazos?
Láz. Ahí verá usté si le quiero.
Jud. Yo te lo pagaré á palos.
Ruf. ¿Pero qué ha pasado, padre?
Jud. Enredos de este malvado.
¿No me requebraba á oscuras?
Agued. Si es un simplote: dejadlo,
y vuelvan ustedes dos
á disfrutar del sarao.
Ruf. Dice bien, padre.
Jorg. Achí, achí. *Estornuda en el arca.*
Jud. Sin duda han estornudado
dentro del arca.
Láz. ¿Aquí está *ap.*
don Jorge en ella zampao?
Jud. Abridla, miradla.
Agued. Aquí
quién puede haberse ocultao?
La abren y sale Jorge.
Jorg. Yo soy: no hay de qué asustarse.
Jud. ¿Y qué haces aquí, escribano
perverso?
Láz. y Agued. Ahora es la funcion. *ap.*
Jud. ¿Cómo atrevido y osado
vuelves á entrar en mi casa,
habiéndonos infamado
de forma, que he beber
de tu sangre, en desagravio?
Jorg. ¿Yo te he infamado? Es mentira.
Y si la boda deshago,
es que tus criados me han dicho
que eres un descamisado,
sin hacienda, y aun sin casa,
pues es todo de un muchacho
de quien eres tutor.
Jud. Mienten;
todo es mio, por mis manos
lo he ganado con matar
á los buenos y á los malos.
Lo cierto es que tu vil lengua
la estimacion me ha quitado,
habiendo dicho que tengo
primos ensambenitados.

Jorg. ¿Quién ha dicho esa mentira
tan fiera?
Jud. Mi criada y criado.
Jorg. ¿He dicho yo tal, infames?
¿Y aun os reís, bribonazos,
viles canallas?
Jud. Estoy
por agarrarlos de un brazo
y echarlos por el balcon.
Ruf. Padre mio, sosegaos.
Jorg. ¡Qué ginebra!
Jud. ¡Qué bolina! *ap.*
Agued. y Láz. Ahora nos matan á palos.
Salé don Márcos con espada y rodela.
Márc. ¿A dónde está ese otro novio?
salga, que ya vengo armado
para quitarle á estocadas
á mi novia y los livianos.
Agued. Otro acreedor. *ap.*
Láz. Otro loco. *ap.*
Ruf. ¿Qué estais hablando, D. Marcos?
¿Qué otro novio hay aquí?
Márc. ¡Bueno!
El otro novio abogado
que tienes y favoreces.
Ruf. ¿Quién tal ha dicho?
Márc. Tus criados;
y que me dejas por hombre
vicioso y tuerto.
Ruf. Es engaño
todo, todo.
Márc. Estoy hecho un Sagitario
y, ¡vive San! mataré
á todo el mundo.
Jorg. Despacio;
y con paciencia y prudencia
tanto enredo desatando
vamos. Viles embrollistas,
astutos, malignos payos,
declarad qué es esto.
Láz. Esto
en sustancia naa: cuanto
hemos icho de unos y otros,
naa es verdá, too es falso.
Jorg. ¿Conque no es nada, y por poco
unos á otros nos matamos
por vosotros?
Jud. Pero infames,
¿por qué habeis ejecutado
este embrollo? Hablad.
Agued. Por que,
usté prometió casarnos
cuando á su hija, y despues
ijo que no.
Láz. Y aunque payos,
no nos ha faltao astucia
para de ustedes vengarnos.
Jud. Ni fuerzas á mi me faltan
para moleros á palos,
bribones.
Laz. y Agued. Piedad, cremencia.
Por San Gil y San Aniano. *De rod.*
Jorg. Dejadlos, señor don Judas.
Jud. Me convengo á ejecutarlo,
con tal que todos quedemos
amigos, y prosigamos
la boda.
Jorg. Digo que si.
Márc. Esta es, Rufina, mi mano.
Jud. Eso me gusta.
Agued. Señor,
¿Y nosotros nos casamos?
Jud. Casaos.
Laz. y Agued. ¡El amo viva!
Jorg. Todos á la sala vamos,
no penetren las visitas
nada de lo que ha pasado,
y prosigamos la boda
alegremente bailando.
Todos. Así sea.
Jud. Y el sainete
teniendo aquí fin, pidamos:
Todos. Nos conceda el auditorio
de gracia, perdon y aplauso.

FIN.

MADRID.—1886.
Despacho: calle de Juanelo, núm. 19.